

El primer apoyo de los laicos

H. Javier Marquínez

El Padre Coindre entró a un elegante portal de la plaza del Carmen de Lyon una luminosa mañana del mes de octubre de 1821. Era uno de esos días de otoño que recuerdan al verano recién terminado, pero que ya tienen esa suavidad decadente que anima a salir de casa y a emprender nuevas acciones para cambiar la propia vida y la del mundo alrededor nuestro.

Con este ánimo, Coindre subió el único tramo de escaleras que llevaban al primer piso. En la lujosa puerta de nogal una placa de bronce anunciaba en letras mayúsculas: JEAN-CÉSAR CASATI; y en la siguiente línea decía lacónicamente: NOTARIO. Nuestro buen sacerdote hizo sonar el timbre de campanilla, y enseguida apareció un joven de unos 20 años impecablemente vestido, sonriente y limpio, que a la sazón era el pasante de la notaría.

—Buenos días Lucien —dijo Coindre dirigiéndose al joven en tono de confianza—. ¿Está el notario?

—Adelante Padre Coindre, le está esperando —respondió el joven, dejando el paso libre para que el sacerdote pudiera franquear la entrada. Coindre atravesó la estancia que servía como recibidor, se dirigió a la puerta que estaba justamente enfrente y, golpeando suavemente con los nudillos, entró sin esperar respuesta:

—Buenos días Padre Coindre —dijo el notario Casati, que ya se había levantado de su asiento y avanzaba hasta el centro del despacho para saludar al sacerdote con un breve abrazo donde se mezclaba el respeto y la confianza—. Si le parece, nos sentamos junto a la ventana —dijo señalando un par de sillones Luis XV que ocupaban un lugar luminoso junto al gran ventanal desde donde se dominaba la plaza del Carmen y la iglesia que le daba nombre.

La sala era amplia y amueblada con riqueza y gusto. Al fondo estaba la mesa del notario, llena de papeles que denotaban la actividad frenética y exitosa del despacho. En el otro extremo había una chimenea, ahora apagada, decorada con mármoles blancos, y en cuya repisa descansaban dos candelabros dorados, cada uno con su vela intacta, y algunas pequeñas piezas de cerámica muy lujosas. Cerca de la chimenea, pero orientados hacia la gran ventana, estaban los dos sillones de terciopelo verde, donde se acababan de sentar el notario Casati y el Padre Coindre.

—Cuénteme cómo va su nueva fundación —preguntó Casti mientras se servía un pequeño vaso de vino dulce, blanco y muy aromático. El Padre Coindre puso la mano encima de la copa colocada a su lado para evitar que el notario le sirviera.

—La verdad es que estoy muy contento —respondió Coindre—. Parece mentira, pero la institución es otra desde que la gente que está a su cuidado son religiosos, ¡mis queridos hermanos! Existe más unión, más trabajo y sobre todo una mejor atención a los muchachos. Todo está muy bien, los religiosos están entusiasmados, y por eso creo que deberíamos actuar rápidamente para asegurar el futuro de esta obra.

—Sabe usted que me tiene a su disposición para todo lo que sea necesario —dijo el notario con convicción—. No soy millonario, pero Dios me ha dado bienes de fortuna para vivir con comodidad. Viendo lo que se ve en Lyon, ayudar a esos muchachos que usted tiene recogidos lo considero como que el principal deber que hoy nos impone la caridad.

Casati era todavía un hombre joven, pero ya había recorrido un exitoso camino profesional. Procedente de una familia burguesa, después de unos brillantes estudios universitarios había abierto su propia notaría en uno de los lugares más exclusivos de la ciudad. Era un hombre muy apuesto, de abundante pelo castaño, patillas largas y un gran bigote que le gustaba cuidar con esmero, porque pensaba que le ofrecía ante los demás el aplomo y la experiencia que le quitaban sus escasos veintisiete años. Los ojos negros y brillantes, la frente despejada y la barbilla firme le granjeaban la admiración de los hombres y el amor incondicional de las mujeres.

—Querido amigo, le agradezco mucho su generosidad —dijo Andrés Coindre adelantando un poco su posición en el asiento, como si quisiera reafirmar con los gestos la fuerza de sus palabras—, pero mucho me temo que vamos a necesitar no solo su ayuda, sino la generosidad de un grupo importante de personas para que estos hermanos puedan tener un futuro algo más esperanzador.

—Usted tiene muchos amigos dispuestos a ayudar en lo que sea preciso —dijo Casati elevando ligeramente los brazos en un gesto de compromiso con todo lo que aquel buen sacerdote quisiera proponer—; no tiene usted más que decir lo que debemos hacer.

Las obras del Padre Coindre en Lyon, al menos desde el año 1815, cuando había vuelto de su primer destino en Bourg-en-Bresse, habían estado siempre dirigidas a la atención de los más pobres. Las cárceles, los hospitales, las providencias, tanto de niños como de niñas, eran su lugar referente de trabajo. La sociedad culta y rica de Lyon había llegado a compartir la evidencia de que aquel joven sacerdote no buscaba el dinero ni el poder ni la gloria personal. Desatendiendo los ruegos de sus propios superiores, como era el caso del vicario Bochart, menospreciaba los éxitos que le podía reportar la predicación para involucrarse, una y otra vez, en obras de caridad, que son la gloria de Dios en la tierra, pero que también suelen ser fuente de murmuraciones, envidias y maledicciones.

—Mire, querido amigo —dijo el Padre Coindre mirando directamente al notario— mi plan es el siguiente: me gustaría convocar a nuestros amigos en la iglesia de San Francisco de Sales. Creo que la nobleza y los empresarios caritativos de esta ciudad no faltarán a la cita. Quiero hablarles de la absoluta necesidad de retirar tantos niños de las calles de Lyon, donde están expuestos a los vicios y el vagabundeo y, más importante, a una vida sin esperanza.

—La iglesia de San Francisco de Sales es muy céntrica —dijo Casati uniéndose de inmediato al pensamiento del sacerdote—. Será fácil reunir a esas familias cristianas que han hecho de la caridad el modo de santificar sus bienes y de acercarse a Dios a través de la llamada de los pobres.

—Esa es la idea —corroboró Coindre—. Me gustaría proponer una suscripción durante varios años para convertir esta obra de los hermanos en una institución permanente. También necesitaríamos una comisión que se encargara de recibir los donativos, supervisar el establecimiento y aconsejar a los hermanos que están al mando, gente santa y dispuesta, pero que en general tienen poca instrucción.

—¿Cuántos muchachos están ahora recogidos en el establecimiento? —preguntó Casati, que iba haciendo cuentas—. Hay que calcular que cada alumno nos puede costar unos 350 francos al año.

—Con algo menos nos podemos arreglar —dijo Coindre que traía todo estudiado—. Con 300 francos por alumno y año podemos atender a unos 30 muchachos, una cifra más o menos como la que tenemos ahora.

—Pero hay sitio para más alumnos —dijo Casati, que se había contagiado definitivamente del entusiasmo de Coindre—. La propiedad es grande y podíamos atender a más muchachos

—Así es —respondió Coindre con una sonrisa—, pero mi intención es recibir también alumnos externos, por dos razones: la primera, para que esos pobres muchachos que tenemos recogidos no piensen que el mundo los ha encerrado en un lugar donde no puedan molestar, y la segunda, para que la institución pueda también recibir algún ingreso procedente alumnos externos y no dependa solo de los suscriptores.

—Veo que trae usted todo bien pensado —dijo Casati sin dejar de admirar las cualidades del Padre Coindre para poner en marcha de forma sencilla obras que parecían tan complejas—. ¿Y seguramente habrá pensado también en los miembros de esa comisión?

—Creo —dijo Coindre con una sonrisa de complicidad— que podemos llamar a nuestros amigos de la nobleza Forcrand de Lisle, Nivière y Verna. También he pensado en los empresarios Bonet, Jaricot y Matton, y en su colega el notario Guillermin. Es gente muy comprometida y que siempre me han mostrado su apoyo. Me atrevo a proponer que usted sea el secretario de la comisión. Esto sería para mí muy importante, porque tendría a alguien tan valioso como usted cerca de la gestión del establecimiento.

Casati asintió, como suele suceder ante los acontecimientos inevitables de la naturaleza. Esto era el Padre Coindre, una fuerza arrebatadora que se había desatado para poner la piedra fundacional de aquella pequeña congregación. Casati no dudó ni un segundo de que su implicación y la de sus amigos iba a merecer la pena, iba a sentar las bases para el nacimiento de esa pequeña congregación de hermanos que, sólo Dios lo sabe, es posible que pueda llegar a hacer grandes cosas.